EL
TIEMPO
SIN
TIEMPO
2025
¡UN NUEVO COMIENZO!
AL FINAL DE UN AÑO...
EL ÚLTIMO SEGUNDO ACECHA
DE LAS SOMBRAS DEL AYER...
A LA LUZ DEL FUTURO...

EL TIEMPO SIN TIEMPO

El Fin de Año 2025 estaba sentado frente a una ventana que no daba a ningún lugar. No había calle, ni cielo, ni estrellas: sólo una penumbra espesa, como si el universo hubiese decidido contener la respiración. Él sí respiraba, despacio, contando. No los segundos —que ya no le obedecían— sino los minutos que aún le quedaban para dejar de ser.

Sabía que iba a morir a las doce. No era una sospecha ni una metáfora: era un conocimiento antiguo, grabado en él desde su primer amanecer. Los años no envejecen como los hombres; se desgastan por dentro. Cada día vivido era una capa más de memoria, de culpa, de ruido.

Por eso, en sus últimos minutos, 2025 estaba ocupado en limpiar.

Había pasado meses ordenando habitaciones interiores que nadie más podía ver. Había pedido perdón a voces que ya no existían, y a otras que seguían vivas pero no lo escuchaban. Había revisado sus actitudes como quien examina objetos heredados: algunos los conservó, otros los dejó caer en un pozo sin fondo. No todo podía salvarse.

Pensó en las familias que se quebraron bajo su sombra, en los abrazos que no llegaron a tiempo, en las promesas hechas al calor de una madrugada y olvidadas al amanecer. Pensó también en los pequeños gestos: un vaso de agua ofrecido, una llamada inesperada, una risa en medio del desastre.

Todo eso era él. Todo eso debía quedar en equilibrio antes del final.

El reloj, una cosa viva y hostil, respiraba con él. Cada tic era una presión en el pecho. Faltaban diez minutos.

La conciencia, esa criatura que nunca duerme, le mostró escenas que había intentado evitar. No eran horribles por su violencia, sino por su banalidad. Errores pequeños, repetidos. Silencios. Indiferencias.

Allí estaba el verdadero terror: no en monstruos cósmicos, sino en lo que se deja pasar.

Cinco minutos.

Sintió miedo, pero no pánico. El pánico es para los que creen que hay salida. Él sabía que no la había.

Aun así, continuó. Se despojó de rencores como quien se quita una ropa pesada. Admitió lo que había sido sin excusas. No era juez ni acusado: era el acto mismo de cerrar.

Un minuto.

El silencio comenzó antes de tiempo. Los pensamientos se hicieron lentos, viscosos, como si se movieran en una sustancia ajena a la materia. El universo parecía inclinarse hacia él, curioso, expectante. Algo terrible iba a suceder, sí, pero no en el sentido humano. Lo terrible era el cumplimiento.

Cuando el reloj marcó las doce, el Fin de Año 2025 no gritó. No hubo luz ni explosión. Simplemente se desplomó hacia adentro de sí mismo, como una estrella que colapsa sin testigos. Todo quedó inmóvil.

El tiempo, por un instante imposible, dejó de fluir.

Y luego, un llanto.

No surgió del silencio, sino que lo rompió como una fisura en la realidad. El Año 2026 nació de un vientre antiguo, más vasto que cualquier nombre. Su madre —el Tiempo, o algo anterior a él— lo sostuvo con manos que habían visto demasiados comienzos.

La luz lo golpeó con una violencia suave. El aire ardía. El llanto era puro, sin historia, sin memoria.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue el rostro de su madre: una alegría inmensa, casi dolorosa, como si cada nacimiento fuera una victoria arrancada al abismo.

Y en ese primer pensamiento, antes incluso de entender qué era pensar, el Año 2026 supo algo imposible: lo había logrado. Había vuelto. Pero no igual.

No llevaba las culpas de su antecesor, ni sus cansancios. No porque fueran olvidadas, sino porque habían sido resueltas. Algo había quedado limpio en el tránsito. Algo esencial.

Mientras su llanto se convertía en respiración, el nuevo año sintió una determinación silenciosa, una promesa sin palabras: esta vez sería distinto. No perfecto. No eterno. Pero consciente.

El tiempo volvió a moverse.

Y nadie notó que, por una fracción infinita de segundo, el universo había temblado.

Autor: **JONATAN TRIPAYLAN**